

tangible, pero determinante, esfera de los fines y de los valores, sin asideros pragmáticos desde los cuales desarrollar una concreción verdadera, nuestra medievalidad, que “[...] nunca existió, permanece por que no cesa”. Así las cosas, es probable que la presencia de esfuerzos de autoconciencia como el que nos presenta el novelista, sea una de las pocas instancias posibles desde las cuales emprender la invención de una nacionalidad genuina.

RAFAEL MAURICIO
MÉNDEZ BERNAL

El judío caribeño

El salmo de Kaplan

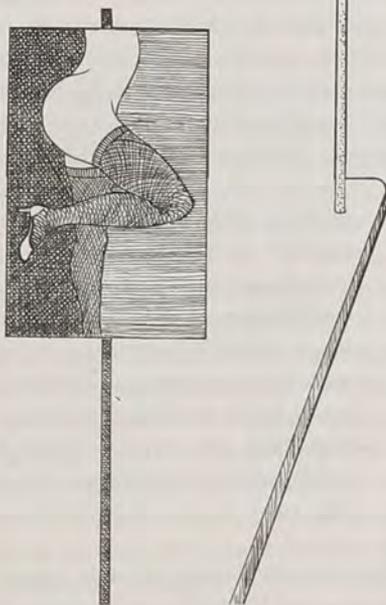
Marco Schwartz

Norma, Bogotá, 2005, 269 págs.

En la tradición literaria colombiana de tema judío han predominado ciertos tópicos: la inmigración, el choque cultural, la problemática de la preservación de valores y el antisemitismo. La vida de los escritores judíos colombianos y más sus novelas están atravesadas por la experiencia antisemita, convirtiéndose las obras en testimonio de la misma. En la Colombia del siglo XIX el antisemitismo fue más fuerte que en la del XX, lo que obligó por ejemplo a Jorge Isaacs a hacerse converso, y a “convertir” de paso a la heroína de su única novela. A diferencia de Isaacs, los escritores judíos colombianos de épocas posteriores, no necesitaron abjurar de su religión por temor a lecturas antisemitas, sino que convirtieron su origen y creencias en material literario o documental, incluso como una manera de evitar la pérdida de sus propias tradiciones.

Marco Schwartz es el autor más joven en la pequeña tradición de prosistas judíos colombianos que, desde Simón Guberek en los años treinta, han sostenido una tradición

literaria y ensayística de tema judío. Guberek y Salomón Brainski fueron los iniciadores de esa tradición en la que se manifiesta uno de los motivos más comunes de la misma: el encuentro entre los inmigrantes judíos y los residentes colombianos, y el correspondiente choque que se genera de dicho encuentro. La crónica documental de Guberek, *Yo vi crecer un país*, y la colección de diez cuentos de Brainski, *Gentes en la noria*, fueron escritas originalmente en yidis. Aunque se trataba de escritores nacidos en Europa e inmigrantes a Colombia tras la Primera Guerra Mundial, las experiencias que relatan no son lejanas a las historias de *El salmo de Kaplan* o de *El rumor del Astracán*, novela que recrea la Bogotá de los años treinta, la época en la que hubo la mayor inmigración de judíos askenazíes a Colombia.

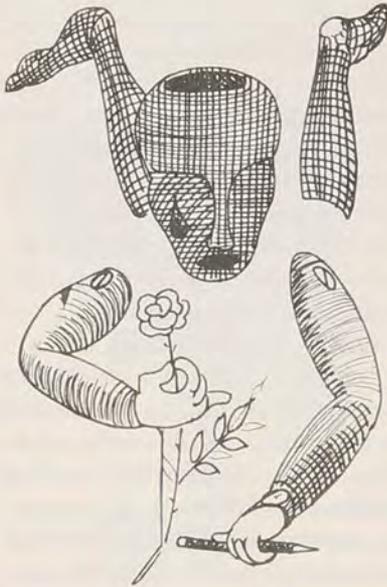


El salmo de Kaplan de Marco Schwartz, revive los ecos y el motivo de esa tradición que se viene mencionando. Con un ritmo ágilmente sostenido en los veinte capítulos, la novela relata dos semanas en la vida de una comunidad judía en el Caribe a finales de los setenta,

cuyas tradiciones y creencias se están desmoronando. El protagonista, Jacobo Kaplan, es un inmigrante polaco que vive con su familia en Santa María, una ciudad costera, que como la Bellavista de *Vulgata caribe*, evoca a Puerto Colombia y por extensión a Barranquilla: “Santa María, el muelle más largo que había visto en su vida, los latigazos inclementes del sol, la humedad sofocante que adhería como un pegamento la ropa a la piel, la vocinglería ensordecedora del puerto, los estibadores negros y mulatos acarreado por el terminal pesadas cajas y maletas” (pág. 28). Obsesionado con la idea de mantener la tradición que descubre cada día más deteriorada, Kaplan decide capturar al “Profesor”, supuesto líder de una organización nazi llamada “Aurora”, en un último intento de preservar su linaje con un acto comparable a los de los héroes bíblicos. Para esto, contrata al cabo de la policía Wilson Contreras como acompañante y juntos, conformando una precaria *Mossad* local, emprenden la búsqueda del misterioso Profesor. A medida que avanza la búsqueda van apareciendo más y más pistas, piezas claves de un gigantesco rompecabezas construido con realidad y fantasía, con azar y conciencia, que acerca y aleja a los protagonistas de su objetivo. Aunque apenas hacen partícipes del proyecto a sus respectivas esposas, tanto las familias como la comunidad se enteran y terminan implicándose de una u otra forma en la aventura. Sin embargo, los resultados inesperados de la misma afectarán de manera más profunda a Kaplan que a Contreras.

En *Teoría de la novela*, Lukacs define al protagonista de la novela de aventuras como un héroe monomaniaco, obsesionado por una sola idea. Este héroe ve el mundo en términos de su idea; por lo tanto su interior se proyecta hacia afuera. Su yo se materializa sólo en acción, en aventuras. Este tipo de héroe busca fuera y no dentro de sí mismo su identidad, enfrentándose con el mundo y la realidad. En estos términos, Kaplan, como el Quijote, es un héroe monomaniaco volcado ha-

cia el exterior. Pero Kaplan no carece de interioridad, pues allí permanece el anhelo de la conservación de unos valores, la esperanza de encontrar un poco de sentido en su mundo caótico y desordenado. Por eso, la búsqueda de Kaplan, como la del Quijote, es la manifestación de un último anhelo, llevado a sus últimas consecuencias. Para los dos la aventura implica un encuentro con lo desconocido y la reafirmación de sí mismos. El valor no se encarna en su figura, Kaplan y el Quijote son un par de viejitos cuya gallardía está sobre todo en su espíritu, incluso su mal estado físico (Kaplan sufre del corazón, se está quedando ciego y es artrítico), los deja por momentos a punto de suspender la aventura, y es gracias a su fuerza de voluntad, a su empeño, que logran continuar.



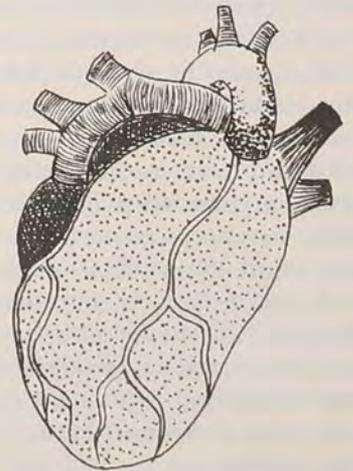
Así como el Quijote no emprende su aventura solo, Kaplan también tiene un acompañante, su propio Sancho Panza en el cuerpo del cabo Contreras. Mientras que Kaplan (como el Quijote) representa todo lo ideal en la novela, el cabo Contreras (como Sancho) representa todo lo que está en el ámbito de lo real. A partir de la idea extraordinaria de capturar al Profesor, la vida de Kaplan se divide entre esa idea y su animosidad religiosa, que implica un pensar y hablar constantemente en térmi-

nos religiosos, utilizando parábolas o recordando hazañas de los grandes héroes bíblicos como paralelo de su propia aventura: “y temiendo Yavé Dios por la suerte de su pueblo, se presentó envuelto en una nube a Jacobo Kaplan, hombre recto y justo, y le dijo: Los enemigos de Israel vuelven a rugir como fieras hambrientas a las que la sequía ha hurtado durante años el sustento. Yo te escojo, Jacobo, de entre los varones de Israel para que asumas en mi santo nombre la defensa de tu pueblo y lo liberes por los siglos venideros del peligro que hoy lo acecha” (pág. 38). Es en esos términos en los que el personaje comprende su aventura: como una misión divina. También la ve como la única forma de preservar unos valores que se van perdiendo: la comunidad y tradiciones judías están desapareciendo o cambiando, los hijos ya no van a las sinagogas y se casan con no judías o con sefarditas, las familias se acaban por el adulterio, las enseñanzas se están olvidando y la comunidad sólo se preocupa por la acumulación de dinero, la posición social y los bienes materiales, lo que la resquebraja. Si Kaplan captura al Profesor, podrá morir en paz pues su familia tendrá por siempre en su memoria esa gran hazaña que los salvó del olvido:

¿Qué sería de la familia tras su muerte? Los interrogantes se apelotonaron en su cabeza y confluyeron como ríos en una sola y rotunda respuesta: debía capturar cuanto antes al Profesor. Era el único asidero que le quedaba para preservar su linaje y poder bajar tranquilo al sheol. [pág. 193]

Para Jacobo Kaplan, lo más importante en el hombre es lo espiritual, por eso llega hasta el extremo de olvidarse de lo básico de la supervivencia, la alimentación, el descanso y el cuidado de la salud; su obsesión no le da espacio a lo prosaico de la existencia. Por el contrario, el cabo Contreras representa el lado práctico del hombre; para él es más importante el dinero, comer bien o beber-

se unos tragos. Representa también el lado cómico de la relación. Es él quien recibe los regaños y los golpes y quien debe enfrentar las burlas de familiares y amigos. El contraste entre éste y Kaplan se acentúa aún más en la medida en que Contreras es el ente racional, la conciencia de Kaplan. Mientras que a Kaplan lo enceguece su obsesión, viendo el mundo en los términos de esa obsesión, Contreras, que mantiene una distancia objetiva, puede ver con claridad lo que ocurre e incluso en ocasiones cree que el viejo Kaplan está loco. Se retoma de nuevo la relación entre don Quijote y Sancho, donde don Quijote ve monstruos enormes, Sancho ve molinos de viento. Por eso Kaplan tergiversa las señales y las claves que va obteniendo en función de sus creencias religiosas, para él cada señal se compagina muy bien con su idea, y mientras que, por ejemplo, para él es muy significativo que el Profesor lea *La peste*, el cabo Contreras apela a la lógica y sólo recurre a las señales más objetivas. El narrador y los demás personajes dan algunas pistas sobre el estado mental de Kaplan: “Kaplan pensaba o soñaba, lo que en su caso era ya lo mismo” (pág. 110), “Rebeca temió que ese hombre a quien siempre había admirado por su lucidez hubiera perdido irreparablemente la conexión con la realidad” (pág. 125).



Esa polarización entre lógica y absurdo, obsesión y razón, se va desvaneciendo a medida que avanza la novela, y Contreras termina por

creer con tanta fe y entusiasmo como cree Kaplan, aunque su móvil siga siendo el dinero. La aventura transforma profundamente a los dos personajes. El vínculo se estrecha debido al grado de conocimiento mutuo al que llegan los personajes. Por eso la aventura se convierte en un viaje de los personajes hacia el encuentro consigo mismos. Todo esto instalado en la experiencia contemporánea, es decir, en una experiencia fragmentaria y compleja.

La búsqueda del enigmático Profesor representa para Kaplan una venganza al genocidio de los campos de concentración; de la misma forma, el encuentro para el Profesor representa también la misma cara del exterminio, la de otro europeo emigrante a la fuerza. En *Distantes y distintos: los emigrantes alemanes en Colombia 1939-1945*, Enrique Biermann Stolle hace una distinción entre los términos emigrante y exiliado, que ayuda a entender más profundamente la experiencia de los personajes. De acuerdo con esta distinción, Kaplan y el Profesor son exiliados, pues debieron huir de su país natal, a diferencia de los emigrantes, quienes por voluntad propia se desplazan de un lugar a otro. La experiencia de estos personajes debe entenderse como una experiencia de huida de un estado de cosas que les impedía la supervivencia.

—No puedo escapar de Auschwitz. Los vivos y los muertos me persiguen, despierto y en sueños. Por mucho que me esconda siempre me encuentran. Me encontraron en Quito, en Guayaquil, en Esmeraldas. De todas esas partes me tuve que ir con vergüenza. Creí que en este pudridero no me iba a encontrar nadie [...] Llevo 35 años huyendo como una rata de un sitio a otro. Pero eso se acabó. Estoy viejo y cansado. Se acabaron las huidas de Julius Reich. [págs. 248-249]

En estas palabras del Profesor está encerrado el significado de la búsqueda de Kaplan y esta identificación será determinante para el desenlace de la aventura. Para ambos exiliados la pro-

blemática de la preservación de valores y el choque cultural e idiomático son experiencias igual de fuertes y abrumadoras. Los dos saben que al huir, sobre todo a un país tan absurdo y tan lejano en América, deben partir de cero, y saben también que el sufrimiento del pasado sigue pesando sobre la espalda y el corazón.



200502

El tono humorístico de la novela constituye otro de sus atractivos. El contraste entre el lenguaje de Kaplan, que aunque hable español utiliza palabras del yidis, muy rico en imágenes religiosas, y el de Contreras, lenguaje de un hombre popular de provincia, representa un choque, generacional, social, cultural e idiomático entre los personajes, choque manejado en un tono humorístico. Las palabras de Kaplan tienen una profundidad que resulta incomprensible para Contreras, e incluso para los miembros más jóvenes de su propia familia.

Marco Schwartz mantiene el pulso de su prosa vinculado tanto a su propia obra como a la tradición literaria. Sin el miedo generacional de casi todos los escritores colombianos y sin que sea un lastre para él, Schwartz, que en últimas es un escritor costeño, maneja el humor, las exageraciones, y el sentido trágico de García Márquez. El autor, poco inte-

resado en separarse de una tradición que por otro lado es más universal que nacional, le rinde homenaje con sus personajes, sus atmósferas y sus aventuras. Hay que destacar la intención de Schwartz por hacer un microcosmos caribe con toda su obra; en *Vulgata caribe*, su primera novela, se narra la historia de un pueblo peregrino, cansado de falsas promesas de tierra, que finalmente decide invadir y fundar a la fuerza el barrio de Chibolo, la tierra prometida; allí convivirán obreros, artesanos, sicarios, y falsos políticos que lo llevarán de promesa en promesa a una siniestra guerra de votos. Esta novela actualiza el pasado colombiano alrededor de un motivo bíblico: la tierra prometida. A la manera del Antiguo Testamento, la historia se narra desde el primer hombre, el expulsado, Primitivo Barrios, cuyos descendientes llevan consigo la inquietud de la búsqueda de esa tierra prometida y la transmiten por generaciones. En esa novela, el autor combina un estilo de escritura bíblico con referencias a la historia colombiana: la masacre de las bananeras, la muerte de Gaitán o la violencia política protagonizada por conservadores y liberales, entre otras, pero todo dentro de la experiencia de ese microcosmos caribeño personal, sin necesidad de apelar a nombres propios, fechas o hechos exactos. Lugares fundamentales del universo caribe de Schwartz como el río Largo o la taberna "La Tres", aparecen de nuevo en *El salmo de Kaplan*, como también lo hace el senador Fadul, el político más despreciable de *Vulgata caribe*. Esto manifiesta una actitud totalizante del autor que, como García Márquez en algunas de sus obras, cumple con la ambición épica de ser la narración de un mundo, pero no por vías de la mimesis, es decir, no por la subordinación a una realidad preexistente, sino por la creación de un microcosmos independiente de la realidad.

El salmo de Kaplan se destaca de forma significativa por varias virtudes: el autor escoge un tema, un contexto y unos personajes inusitados y originales; a través de la aparente sencillez que implica la

realización de una aventura detectivesca, ir tras un objetivo y seguir unas pistas, el autor introduce tópicos interesantes: las dificultades para conservar las tradiciones ancestrales de los inmigrantes o la imposibilidad de comunicación que genera el choque idiomático y cultural, entre otros; la actualización del mito quijotesco, esto es, el anciano que emprende su última aventura en busca de una recompensa más colectiva que individual, manifiesta también de forma sugestiva y admirable que los temas literarios pueden reinventarse siempre de manera novedosa. Las calidades de la obra de Marco Schwartz son innegables. Estamos ante un escritor que se preocupa tanto por las estructuras formales como por la creación con el lenguaje de universos narrativos originales. Como para muy pocos de los escritores colombianos de la actualidad, el esfuerzo y el trabajo de Marco Schwartz, están concentrados en la escritura, lo que en la situación actual de vetetismo y autopropaganda es admirable.

CARLOS SOLER



Calidad versus promoción

La mujer en el umbral

Mauricio Bonnett

Editorial Alfaguara, Bogotá, 2006, 323 págs.

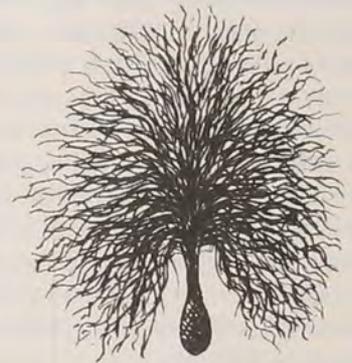
La escasa resonancia que tuvo en los medios, y en el mercado editorial, la novela *La mujer en el umbral* de Mauricio Bonnett, obliga a preguntarse acerca de las causas de este silencio. Pareciera que en el campo literario, solamente determinados autores ascienden al círculo donde se sitúan aquellos escritores que van siendo consagrados por circunstancias particulares, tantas veces ajenas a la calidad de las obras que ellos escriben. Premios, tan cuestionables,

vida social, promoción editorial, autopromoción, camaradería, caprichos de la prensa, amistades fecundas, exposición a los medios, vínculos con el periodismo, entre otros. Un autor que publica su primera novela ha de resignarse a entregar su trabajo a la deriva de un mercado incierto y empobrecido por la apatía y el desdén. No es cosa nueva, desde luego. Claro que hay temas más “vendibles” que otros, títulos más llamativos, carátulas más vistosas, etc. Circunstancias que pueden acompañar y dividir a los escritores en dos clases: los que escriben para el público y para publicar, y aquellos que ejercen la escritura como un acto de creación artística. Mauricio Bonnett pertenece a esta segunda categoría y, siendo *La mujer en el umbral*, su primera novela, que podemos tomar con recelo, desde sus primeras páginas, ya disipa toda duda acerca de la autenticidad de su valor literario. La prosa de Bonnett revela pronto el temperamento de un escritor de fuste, empeñado en un estilo sólido y acabado, con el que crea ricas y expresivas metáforas, así como compone, con igual acierto, descripciones anímicas de auténticos caracteres. Detrás de cada frase adivinamos la existencia de un escritor, que en la paciente elaboración de su prosa ha madurado sus modos de expresión.

Intenso y agudo observador, de penetrante mirada, con un vocabulario rico y minucioso, Bonnett sabe como proyectar los hechos comunes de la vida ordinaria sobre cuadros familiares, siempre impregnados de inquietud, con destellos de luces y sombras y un tono de lejana amargura en la definición de sus personajes. Sus resonancias alegóricas son íntimas e intensas y con sus giros afortunados el autor amplifica el registro de su expresión.

En *La mujer en el umbral*, Mauricio Bonnett penetra en un terreno iluminado por los recursos memoria del narrador. Se trata de una larga evocación a dos voces, que abre la novela en dos grandes vertientes. Quizá indagar acerca de la fuente de donde mana la corriente que arrastra la escritura de un autor es tarea

destinada al fracaso, porque incluso es algo que el propio autor ignora. Pero, si la pregunta puede llegar a ser pertinente, es porque en ciertos textos el lector encuentra la auténtica voz de un testimonio, de una confesión. ¿De dónde proviene aquella voz, se repite el lector, frente a *La mujer en el umbral*, si no es de la rememoración, entre dolorida, culpable y desafiante, de un narrador que revive su infancia para confrontar los años difíciles de esa edad y que le ha dejado heridas que ahora quiere curar para siempre? ¿Allí está su núcleo y su esencia, la semilla y el tema mismo, que habría de germinar para dar los posteriores frutos en su confesión? ¿Confesión que nos entrega como testimonio de su conciencia, a pesar de pasar por la criba literaria?



La audacia de Mauricio Bonnett consiste en esto: relatarnos la infancia de un sujeto imaginario, crear una ficción con tan vívidos matices, con tan sugestivas observaciones, con tan auténticos sentimientos, dentro de una composición literaria tan consciente de su artificio, que lo más imaginario nos parece lo más real.

Incluso, gracias a la tensión entre la apariencia de la evocación auténtica y la creación literaria, el escritor pone al lector en una disyuntiva que podemos enunciar de una manera prosaica bajo la pregunta: ¿Qué es realidad y qué es ficción en su relato? Pues, en ciertos pasajes de la novela, el lector llega a preguntarse, si los sentimientos evocados del niño es lo que moldea esa forma sintáctica, o si más bien, es la subjetividad del hombre maduro, lo que